

LOS PARAMITAS Y EL NOBLE ÓCTUPLE SENDERO

Por Gottfried de Purucker

Tanto en la literatura budista como en la teosofía se ha escrito mucho acerca de las “gloriosas virtudes” de los paramitas, pero éstas desafortunadamente han sido consideradas con demasiada frecuencia sólo como un noble pero relativamente inalcanzable código de conducta, lo cual es real, pero ocurre que son más que eso. Representan, de hecho, las normas de pensamiento y acción a las que el futuro *chela debe* atenerse al comienzo cuanto mejor pueda, y posteriormente de manera total, de modo que su vida se vea gobernada e iluminada por ellas.

Sólo de esta forma el discípulo puede llegar a lo que el Señor Buda denominó “la orilla opuesta”¹, los reinos espirituales que deben ser alcanzados cruzando el tormentoso océano de la existencia humana, lo cual hay que realizar por medio del propio poder espiritual, intelectual y psíquico, y con la única ayuda que pueda recibir según su karma anterior.

Comúnmente, se estima que la idea de dirigirse hacia la “otra orilla” es algo de origen típicamente oriental, pero ello parece injustificado si se considera que muchos himnos cristianos mencionan el místico Jordán y el llegar a “la orilla que está más allá”, concepto bastante parecido al del budismo. “Este lado” representa la vida mundana, los intereses usuales o comunes que el hombre persigue. La “otra orilla” representa simplemente la vida espiritual, que involucra la expansión del relativo poder y las funciones de la totalidad de la naturaleza humana.

En otras palabras, llegar “a la otra orilla” significa vivir en armonía con la divinidad que mora en nosotros y participar así de la vida universal en un estado relativamente completo de auto-conciencia. Las enseñanzas de todas las grandes religiones y de los sistemas filosóficos han consistido en grabar en sus

¹ *Paramita* y *paragata* (o su equivalente, *paragamin*) son términos sánscritos compuestos que significan “aquél que ha alcanzado la otra orilla”. *Paramita* (en su acepción femenina) es utilizado para representar las virtudes o atributos trascendentales que uno debe cultivar para alcanzar esa otra orilla. Hay una pequeña diferencia en significado que debe hacerse notar aquí: *paramita* contiene la idea de haber “cruzado al otro lado” y, en consecuencia, “de haber arribado”, en tanto que *paragata* (o *paragamin*) implica “partir” desde este lado y, en consecuencia, estar “ido” para poder llegar a salvo a la otra orilla.

fieles el hecho de que nuestro verdadero objetivo es aprender las lecciones que ofrece la existencia manifestada, y graduarse de tales experiencias para ingresar a la vida cósmica.

Tal como dice el *Dhammapada* (versículo 85):

Hay algunos pocos que llegan a la otra orilla;
el resto enloquece en esta orilla.

Otra palabra de frecuente uso en las escrituras budistas, que también contiene las dos sutiles diferencias del término arriba mencionado es *Tathagata*, título dado a Gautama Buda. Se trata de un término compuesto que puede dividirse en dos formas: *tathagata*, “el ya ido”, es decir, el que ya ha partido y alcanzado la otra orilla, como mismo lo hicieron los Budas anteriores.

Una breve escritura budista llamada el *Prajna-Paramita-Hridaya Sutra*, o “El Corazón o Esencia de la Sabiduría de Cruzar al Otro Lado”, cierra con un hermoso mantram que dice lo siguiente en el sánscrito original:

Gate, gate, paragate, parasamgate, bodhi, svaha!

¡Oh, Sabiduría! Ida, ida, ida a la otra orilla,
y arribada a la otra orilla, ¡Salve!

En este contexto, la sabiduría puede interpretarse como refiriéndose al *buddhi* cósmico, también llamado *Adi-buddhi* o “sabiduría prístina”, y también, en un sentido individualizado, al Vigilante Silencioso de nuestra cadena planetaria, *Adi-buddha*. Se da este nombre a quien ha arribado a la otra orilla. El peregrino triunfante que se ha hecho auto-consciente, que se ha identificado con el dios que mora en él, y de este modo ha logrado éxito en percibir el maya o ilusión de los mundos fenoménicos. Los más elevados pertenecen a distintos grados de varias jerarquías, dentro de la Jerarquía de Compasión.

La disciplina de los *paramitas*, como H. P. Blavatsky la da a conocer en *La Voz del Silencio* (págs. 47-48), es como sigue:

DANA: Clave de la caridad y el amor inmortal

SILA: Clave de la armonía entre palabra y acción, que equilibra las causa y efectos, sin dejar espacio para más acciones del karma.

KSHANTI: La dulce paciencia que nada puede alterar.

VIRAGA: La indiferencia ante el placer o el dolor y la conquista de la ilusión, lo cual permite que sólo se perciba la verdad.

VIRYA: La valiosa energía que permite librar las batallas para alcanzar la Verdad excelsa, al margen de la suciedad de las falsedades terrenales.

DHYANA: El portal dorado que una vez marcó los rumbos de Narjol (Naljor) hacia el reino eterno de *Sat* [la Verdad] y su incesante contemplación.

PRANA: La clave mediante la cual un hombre se transforma en dios, creando en él a un *Bodhisattva*, hijo de los *Dhyanis*.

La forma en que deben practicarse estos *paramitas* queda bien ilustrada en el siguiente extracto del *Mahayana Sraddhotpada Sastra* (5) que, sin embargo, menciona sólo seis, pese a ser dadas en otros textos como siete, pero enumeradas de manera más completa como diez:

¿Cómo debe uno practicar la caridad (*Dana*)?

Si alguien viene y pide algo, los discípulos deben, dentro de lo posible, otorgar lo solicitado sin incomodarse y de una forma que sea beneficiosa. Si los discípulos ven a alguien en peligro, deben emplear todos los medios a su alcance para rescatarle y conferirle una sensación de seguridad. Si alguien se acerca a los discípulos deseando instrucción sobre el *Dharma*, éstos deben, dentro de lo posible y con buen juicio, tratar de darle luz. Y cuando están realizando estos actos de caridad, no deben permitirse el deseo de recibir compensación ni esperar actos de gratitud, ni pensar en méritos o ventajas, ni en obtener recompensa mundana alguna. Deben tratar de concentrar sus mentes en los beneficios y bendiciones universales que son iguales para todos, y al hacerlo desarrollarán dentro de sí la más elevada y perfecta de las Sabidurías.

¿Cómo debe uno practicar los preceptos virtuosos (*Sila*)?

Debido a que tienen familias, los discípulos laicos deben abstenerse de matar, robar, cometer adulterio, mentir, mostrar duplicidad, calumniar, involucrarse en charlas frívolas, codiciar, tener malicia, y solicitar favores de manera servil, además de rechazar las falsas doctrinas. Los discípulos solteros, con el objeto de

evitar impedimentos, deben retirarse de la agitación propia de la vida mundana y, permaneciendo en soledad, practicar cuanto conduzca a la quietud, la moderación y el contentamiento... Deben evitar en su conducta las expresiones de desaprobación y culpabilidad, y estimular y animar a otros, por medio de su ejemplo, a abandonar el mal proceder y a practicar el bien.

¿Cómo debe uno practicar pacientemente el dominio de sí mismo (*Kshanti*)?

A medida que uno enfrenta las dificultades de la vida, el discípulo no debe rehuirlas ni amargarse por ellas. Aceptando con paciencia los males que le infligen otros, no debe abrigar resentimiento. No debe sentirse excesivamente regocijado por la prosperidad, las alabanzas, o las circunstancias agradables que se le presenten; ni sentirse deprimido a causa de la pobreza, los insultos, o las desgracias. Manteniendo su mente concentrada en el profundo significado del *Dharma* debe, bajo cualquier circunstancia, mantener una mente serena y equilibrada.

¿Cómo debe uno poner en práctica una sólida medida de valor (*Virya*)?

En la práctica de las buenas obras, jamás se debe ser indolente. El discípulo debe considerar cualquier sufrimiento físico o mental como el resultado natural de las acciones inapropiadas de sus encarnaciones anteriores, haciéndose el firme propósito de llevar a cabo en el futuro únicamente acciones que estén en armonía con la vida espiritual. Valorando la compasión por todos los seres, nunca debe permitir que surjan en él pensamientos de indolencia y, por el contrario, debe ser infatigable en su celo por trabajar en beneficio de los demás...

¿Cómo debería uno practicar la meditación (*Dhyana*)?

El conocimiento intelectual se obtiene entendiendo verdadera y claramente que todas las cosas siguen la Ley de Causa y Efecto; pero las cosas son, de hecho, transitorias y desposeídas por completo de sustancia propia. En *Dhyana* existen dos aspectos: el primero es el esfuerzo para suprimir la vacuidad de pensamiento; el segundo, es un esfuerzo de concentración mental para ser conscientes de ese vacío (*sunyata*) de la esencia mental. Al principio, el neófito tendrá que practicar ambas separadamente, pero a medida que vaya adquiriendo control mental, ambas se fundirán en una sola...

Debe contemplar el hecho de que, pese a que todas las cosas son transitorias y vacías, en el plano físico éstas tienen, sin embargo, un valor relativo para quienes

le confieren valor a la imaginación falsa. Para tales ignorantes, el sufrimiento es algo muy real, siempre lo ha sido y siempre lo será, y tales sufrimientos pueden ser incalculables e innumerables para él...

Debido a lo anterior existe, despierta en la mente de todo discípulo sincero, una profunda compasión por el sufrimiento de todos los seres que hace surgir en él un valeroso e intenso fervor, y un deseo de tomar los grandes votos. Resuelve dar cuanto tiene y cuanto es en beneficio de la emancipación de todos los seres... Después de haber tomado los votos, el discípulo sincero debe, en todo momento y hasta dónde su propia energía y mente se lo permitan, practicar obras que sean tan beneficiosas para los demás como lo son para él. Ya sea moviéndose o permaneciendo inmóvil, sentado o acostado, deberá concentrar su mente asidua y sabiamente, tanto en lo que debe hacer como en lo que debe dejar de hacer. Este es el aspecto activo de *Dhyana*.

¿Cómo debe uno poner en práctica la Sabiduría Intuitiva (*Prajna*)?

Cuando por medio de la fiel práctica de *Dhyana* se logra el *Samadhi*, el discípulo está ahora por encima de la discriminación y el conocimiento, es decir, ha logrado la perfecta unificación esencia-mente. Con este logro viene un entendimiento intuitivo de la naturaleza del universo... es ahora consciente de la perfecta unidad de la Esencia, Potencialidad y Actividad inherentes al estado de *Tathagata*...

Prajna-Paramita constituye la más elevada y perfecta Sabiduría, y sus frutos llegan invisiblemente, sin esfuerzo y espontáneamente; fundiendo todas las aparentes diferencias, buenas o malas, en un Todo perfecto...

En consecuencia, es necesario que los discípulos que aspiran a la más elevada y perfecta Sabiduría, que es *Prajna-Paramita*, se apliquen asiduamente a la disciplina del Noble Sendero, ya que sólo esto les llevará a la perfecta comprensión del Budado.

Con el objeto de entender y percibir espiritualmente la verdadera naturaleza de *prajna*, es necesario abandonar la visión de "este lado" y dirigirse, mediante la comprensión espiritual, a "la otra orilla" (*para*), es decir, a la otra forma de contemplar las cosas. En "este lado" nos hallamos sumergidos en una esfera de conciencia, de análisis, y de otras cosas inherentes a la mente-cerebro, que representa el mundo de los apegos y las diferencias del plano inferior. Cuando logramos ese vuelco interno, esa transmutación de nuestra conciencia hacia lo

superior, hacia la “otra orilla” de la existencia, penetramos con cierto éxito en el mundo de las realidades trascendentales, desde el cual podemos ver las cosas en su unidad espiritual original, más allá del *maya* de los engañosos velos de la multiplicidad, podemos penetrar en la naturaleza esencial de tales realidades y conocerlas como realmente son.

Esta condición de claridad interna y percepción espiritual e intelectual precisas es tan distinta de la forma de operar de la conciencia que nos es familiar de “este lado”. Durante nuestra vida cotidiana en el mundo de las apariencias transitorias, que las mentes no entrenadas la asocian como un concepto de inanidad vacua.

Sin embargo, la vacuidad (*sunyata*, para emplear el término budista), no debe ser en su verdadera acepción metafísica confundida con “la nada”, implicando así una absoluta negación de la existencia real, vale decir, la aniquilación. Ni tampoco debe entenderse a través de las facultades de raciocinio de nuestro cerebro-mente, sino más bien mediante la directa e inmediata percepción que pertenece al elevado estado de espíritu-intelecto llamado *prajna*, que se halla más allá de las diferencias ilusorias del ser y el no ser, de lo particular y lo universal, de los muchos y el uno.

De hecho, este estado tan elevado representa el conocimiento intuitivo y el penetrante discernimiento del espíritu-mente en el hombre, su *buddhi-manas*, que es inmensamente más potente y penetrante que el mero intelecto. Semejante conocimiento y discernimiento intuitivos yacen siempre activos en los espacios más elevados y universales de nuestra conciencia. Es mediante el gradual despertar del hombre inferior a la comprensión auto-consciente de esa conciencia espiritual-intelectual –que en su manifestación activa es idéntica a *prajna*– que nos elevamos de los reinos de la conciencia inferior y escapamos del cautiverio de la ignorancia (*avidya*), liberándonos así de diversos dolores, tanto externos como internos. Esta liberación representa el logro de la iluminación suprema y la emancipación (*mukti*). Resumiendo, *prajna* probablemente pueda traducirse mejor como intuición, entendiéndose por ello esa iluminación instantánea o conocimiento integral que en realidad es propiamente un atributo de Dios.

En el conjunto de escrituras budistas, *Prajna-Paramita*, o *prajna* se considera como el principio director de los demás *paramitas*, y se le identifica como el método para alcanzar la realidad. Se le compara con la percepción y el entendimiento del ojo que observa con una perfecta claridad de visión los horizontes de la vida, y marca el sendero que debe seguir el aspirante. Sin *prajna*, los otros *paramitas* quedarían privados de uno de sus elementos más elevados, porque éste guía su

desarrollo progresivo, como mismo la Tierra proporciona los medios para el sostén y crecimiento de su vegetación.

En el universo, todos los seres poseen *prajna*, pero éste no funciona en todos conscientemente, excepto cuando las entidades en evolución se han identificado con él durante su peregrinaje evolutivo. Los animales tienen *prajna*, incluyendo las abejas y las hormigas, pero en ellas se halla ausente el tipo de auto-conciencia que permite la certeza de la propia identificación con el *prajna*. Esto ocurre solamente en el hombre, al menos en lo que a la Tierra concierne. En sus primeros balbuceos, el *prajna* se manifiesta en el ser humano como una aspiración de obtener iluminación, amor y sabiduría; luego florece en el *Bodhisattva*, y completa su florecimiento en los Budas y los Cristos, que representan un estado de perfecta iluminación.

El *chela* desarrollado, o Iniciado, que ha logrado éxito en alcanzar la etapa donde se transforma en los *paramitas*, con una conciencia tan transparente como el cristal y relativamente ilimitada, con la totalidad de su ser entonada con el alma espiritual de la humanidad, y habiéndose entregado a la generosa gloria de vivir para cuanto existe, es técnicamente llamado un *bodhisattva* –aquél cuya esencia (*sattva*) procede de la naturaleza de la sabiduría misma (*bothi*). El motivo que lleva al verdadero discípulo a desarrollar dentro de sí la suprema iluminación jamás es la ventaja personal, no importa cuán exaltada y espiritualizada ésta sea, sino el intenso deseo de beneficiar al mundo entero, de liberar a todos los seres de las cadenas de la ignorancia y el dolor, de despertar dentro de sí un corazón compasivo por cuanto vive, de modo que todo ser consciente pueda con el tiempo lograr la perfecta emancipación. (Cf. Fo-Mu *Prajnaparamita*, Fas. 14, Capítulo “Los Hombres Sabios”).

En el *Mahaprajnaparamita* se le pregunta a Sariputra si el *Bodhisattva* debe rendir homenaje solamente a otros *Bodhisattvas*, y “no a todos los seres en general”, a lo cual el sabio responde que debe “reverenciarlos con el mismo sentimiento de auto-abnegación con que reverencia a los *Tathagatas*”.

Y luego añade:

El *Bodhisattva* debe así despertar un gran sentido de compasión hacia todos los seres, mantener su mente completamente al margen de la arrogancia y la autosuficiencia, y decirse a sí mismo: Recurriré a todos los medios disponibles para lograr que los seres conscientes descubran lo que es más importante en ellos, su naturaleza búdica (el budado). Al lograr esto, todos se transformarán en Budas,... Hsuan-chuang, Fas. 387, Capítulo XII, “Sobre la Moral”.

Prajna, en una entidad individual como el ser humano, ocupa más o menos la misma posición que *Adi-buddhi* o *Mahabuddhi* en el universo. Uno de los axiomas de la sabiduría esotérica es que nuestro universo es una entidad; consecuentemente, podemos imaginar su mente universal individual o conciencia, como un vasto océano de puntos de energía auto-conscientes *buddhi-manásicos*. Desde este punto de vista, *prajna* puede ser descrito como la conciencia espiritual individual de cada uno de los miembros de las huestes de *dhyani-chohans* o espíritus cósmicos. De este modo, cuando uno adquiere la conciencia-*prajna*, está en comunión consciente con la mente *buddhi-manásica* del Maravilloso Ser de nuestra Jerarquía.

De lo anterior deberá quedar claro que existen numerosas diferencias en la grandeza de los logros, como entre los miembros mismos de la jerarquía, porque hay diferencias en los niveles de logro entre un *chela* que comienza a avanzar por el Sendero y un *Mahatma*, seguidos de seres aún más elevados que poseen un desarrollo de *prajna* aún mayor, en una escala de logros que se extiende y va elevándose hasta llegar al Ser Maravilloso. El *prajna* es el mismo en todos; la diferencia reside en la forma en que éste se manifiesta en cada individuo.

Hay también diferencias de otro tipo, tales como la que existe entre quien ha logrado una relativa conciencia de *prajna* y que ingresa al Nirvana, y quien ha obtenido un logro similar, pero renuncia al Nirvana. Aquí tenemos que destacar una importante diferencia que se basa en ética cósmica: aquél que se ha ganado el Nirvana y renuncia a éste con el objeto de retornar para prestar ayuda al mundo se halla éticamente mucho más alto, que aquél que entra al Nirvana para disfrutar de su propia dicha. Ambos han logrado unificarse con *prajna* lo suficiente como para ganarse el estado nirvánico, pero aquél que renuncia a éste ha logrado una comprensión auto-consciente de *prajna* en un plano búdico más elevado, que quien logró alcanzar el Nirvana pero entró en él.

La clave de este misterio yace en el hecho de que cada uno de los siete principios de la constitución humana es septenario también y, en consecuencia, *buddhi*, que es el asiento de *prajna*, es septenario. De este modo vemos que quien entra al Nirvana ha logrado lo que puede ser definido como *kama-buddhi*, pero no ha ido más allá en la calidad de su conciencia de *prajna*, en tanto que aquél que renunció al Nirvana ha logrado el estado de *buddhi-prajna*, que puede describirse como *buddhi-buddhi* o *manas-buddhi*. Los Budas y los Mahabudas poseen lo que podríamos denominar el estado *átmico* de *Buddhi*, sintiéndose así auto-identificados con el universo, absoluta e incondicionalmente.

Los siete *paramitas*, tal como han sido dados a conocer, contienen la esencia del código de conducta contenido en la enumeración más completa, que son los diez *paramitas*, equivalentes al decálogo de ética completo del ocultismo. Los tres *paramitas* adicionales son: *adhithana*, que significa “valor indomable”, no meramente aquél que enfrenta sin vacilar los peligros y dificultades, sino el que, iluminado por la luz de la intuición o *prajna*, “sigue adelante” y “los enfrenta con determinación”. Lo natural que sigue es *virya* o “fortaleza”. El próximo, *upeksha* o “discriminación”, busca y halla el método apropiado para aplicar los *paramitas*, algo que viene apropiadamente después de *dhyana*. Dos términos describen el décimo *paramita*: *prabhoda*, que quiere decir “el despertar de la conciencia interna”, que trae conocimiento y presciencia, abriendo de este modo gloriosas visiones en el Sendero; y *sambuddhi*, que es “la completa o perfecta iluminación o visión”, o la auto-conciencia de la propia identidad con lo espiritual, la culminación o coronación de todo, o dicho es otro modo, la “unión con *buddhi*”.

La fuerza se desarrolla mediante el ejercicio, y es ejercitando nuestra fortaleza en las pruebas y experiencias de la vida cotidiana, lo que con el tiempo nos lleva a hollar el Sendero. Y a menos que el estudiante se imponga esa disciplina interna que consiste en la continua y sostenida práctica del espíritu de esas diez gloriosas virtudes, nunca tendrá éxito en sus esfuerzos. Es sólo esa disciplina, ese ejercicio de su fuerza de voluntad, de su inteligencia y del amor que debe llenar su corazón, lo que eventualmente conduce al neófito a su nuevo o “segundo” nacimiento, lo cual produce *dvija*, el “dos veces nacido”, el Iniciado que finalmente ha logrado la maestría sobre la vida y la muerte.

El lector podrá estar preguntándose exactamente qué conexión tienen los *paramitas* con las enseñanzas más familiares del budismo, conocidas respectivamente como las Cuatro Nobles Verdades y su corolario lógico “El Óctuple Sendero”. La conexión es en ambas histórica e íntima, ya que ambas contienen esencialmente las mismas ideas de base, sólo que las enseñanzas más populares están expresadas como un código de conducta que el hombre mundano promedio puede seguir, si desea evitar el acoso de los errores típicos de la vida humana, y lograr la paz y el no apego, ambos característicos de una vida noble y bien vivida.

Brevemente, las Cuatro Elevadas Verdades son las siguientes: primera, que las causas de todo sufrimiento y angustia en nuestras vidas surgen de nuestro apego o “sed” (*trishna*); segunda, que esta causa puede ser anulada; tercera, que la cesación de causas productoras de dolor humano ocurre cuando se vive una vida que libera al alma de su apego a la existencia; y la cuarta verdad, que lleva a la

eliminación de las causas del sufrimiento, es en verdad el Glorioso Óctuple Sendero, es decir: “Creencia correcta, determinación correcta, hablar correcto, comportamiento correcto, ocupación correcta, esfuerzo correcto, contemplación correcta, y concentración correcta”.

Ahora bien, esta forma de proceder fue llamada por el Buda “el Sendero del Medio”, porque prescinde del ascetismo fanático por un lado, y de la laxitud de principios, de pensamiento y del consiguiente comportamiento que éstos conllevan, por el otro. Como se ha dicho, se trata de un código que se halla al alcance de todo hombre o mujer que no exige condiciones ni circunstancias especiales, y que puede ser practicado por cualquiera que ansíe mejorar su vida y contribuir con su esfuerzo a la disminución de la miseria mundial que nos rodea y de la cual todos los corazones humanos sensibles están conscientes.

No debe, sin embargo, suponerse que si el discípulo descuida los preceptos éticos del Óctuple Sendero es porque haya malentendido su importancia. De hecho, no sólo los practica, sino que lo hace con mucha mayor concentración mental y corazón que el individuo promedio, porque está al mismo tiempo tratando con toda su alma de elevarse hacia las sublimes alturas de los *paramitas*, en los cuales debe basarse para vivir.

Tal vez sea necesario hacer cierto énfasis en este punto, porque existe la idea, totalmente errónea y muy común entre los místicos ignorantes, de creer que es parte de la vida del discípulo el ignorar las relaciones humanas normales, darles muy poca importancia, e imaginarse que se halla libre de sus obligaciones, incluso de aquéllas de orden mundano relacionadas con el prójimo. Esta última suposición está en contradicción total con las enseñanzas del ocultismo.

El principio que yace tras las Cuatro Elevadas Verdades y sus ocho corolarios es el siguiente: si la raíz del apego (el deseo) puede eliminarse, el alma queda en consecuencia liberada, y al liberarse así de las cadenas del deseo que producen el apego, las causas del dolor desaparecen, y la forma de deshacerse de la raíz del apego es vivir de una manera que gradualmente vaya extinguiendo la sed del alma por las cosas materiales. Cuando ello ocurre, el individuo queda “libre”, es decir, se ha transformado en un *jivanmukta* relativamente perfecto, un maestro de la vida. Una vez que ha llegado a esta etapa totalmente sin apegos, es un *bodhisattva*, y de ahí en adelante se dedicará por completo a todos los seres y cosas, su corazón estará lleno de infinita compasión, y su mente iluminada por la luz de la eternidad. Y por eso vuelve a aparecer una y otra vez sobre la faz de la

Tierra como un Buda o Bodhisattva, o puede también permanecer en los mundos invisibles como *Nirmanakaya*.

La idea común respecto del *bodhisattva*, de que tiene solamente una encarnación más antes de convertirse en un Buda es correcta, pero esa es una forma inadecuada de expresarla. De hecho, el ideal, tanto en teosofía esotérica como en budismo esotérico es el de *bodhisattva* más aún tal vez que el de Buda, debido a que el *bodhisattva* es alguien cuya totalidad de vida y objetivo, cuya labor total, es hacer el bien a todos los seres y llevarlos a salvo hacia “la otra orilla”; en tanto que el Buda, si bien está dentro de lo mismo aunque en un grado mayor, por el hecho mismo de su budado en la presente etapa de desarrollo espiritual de la raza humana, se halla en el umbral del Nirvana, y usualmente entra en él. Es, por cierto, enteramente posible para un Buda rechazar el Nirvana y permanecer en la Tierra como un *Bodhisattva* o como un *Nirmanakaya* y, en este último caso, como Buda de Compasión es de inmediato un Buda por derecho propio y un *bodhisattva* por propia elección.

Es imposible recalcar lo suficiente la necesidad de comprender el significado interno de la doctrina de *bodhisattva*, ya que ésta personifica el espíritu de la enseñanza oculta que se mueve a través del ciclo de capacitación iniciática, como también en las más nobles escuelas del Mahayana. Se aprecia de inmediato la razón por la cual en el budismo del norte al *bodhisattva* se le honra tan profundamente, y por qué ocupa una posición tan elevada en la reverencia de los corazones humanos. Ello se debe a que los Budas de Compasión son tales, debido a que ellos mismos son la personificación de ese ideal cuando renuncian a la dicha espiritualmente egoísta del budado nirvánico, para así permanecer en el mundo y trabajar por él. Incluso el ser más humilde y poco educado puede aspirar a este ideal.

En eones futuros, uno deberá elegir entre transformarse en uno de los Budas de Compasión o en uno de los Budas *Pratyeka*. Cuando se toma la decisión, ésta sobreviene como el resultado kármico de vidas pasadas, es decir, como resultado del propio carácter, de las facultades espirituales que han sido desarrolladas, de la voluntad de permanecer alerta, y de estar dispuesto a seguir directivas. Todas éstas gobernarán y, de hecho, producirán la decisión cuando llegue el momento de decidir. En consecuencia, la capacitación comienza ahora mismo: haciéndose grande en las cosas pequeñas, uno aprende a hacerse grande en las cosas grandes.

Como reflexión final, diremos que uno no debe considerar como algo duro el hecho de vivir la vida que el Óctuple Sendero o los *paramitas* prescriben. Se debe experimentar alegría al hacerlo, porque sinceramente pienso que quienes practican estas nobles reglas, al menos en cierta medida, se verán enormemente mejorados por ello. No podemos tampoco olvidar la medida en que dicha práctica consistente incrementará nuestra fuerza de voluntad fortaleciendo la mente, aumentando las simpatías del corazón, y trayéndonos una gloriosa iluminación del alma, todo lo cual produce, en las etapas finales, al Mahatma --el verdadero *bodhisattva*.

Extraído del libro *Fountain-Source of Occultism*, por G. de Purucker, Theosophical University Press, 1974.

Traducción: Enrique Renard

Redacción: Eulalia M. Díaz